

PROPONER LA VIDA RELIGIOSA HOY¹

Philippe Lécrivain S.J.

INTRODUCCIÓN

En la última parte del libro², más breve por ser más abierta, mostraremos que una comunidad religiosa no debe recluirse en un viejo dilema: vida común y vida apostólica. Ambas dimensiones son esenciales, pero no agotan lo que hoy puede esperarse de una comunidad. En efecto, la comunidad debería ser el lugar por excelencia donde los religiosos tendrían que vivir diariamente su profesión. Es decir, hacerse responsables, unidos y día tras día, del porvenir de su Instituto.

Presentar la vida religiosa en tiempos de crisis: ¡un riesgo y una oportunidad! Tal será pues el hilo conductor del que iremos tirando a lo largo de todas estas páginas. Al hacerlo nos preguntaremos **qué condiciones deberá cumplir un instituto religioso para seguir siendo lo que está llamado a ser: un "sacramento del encuentro con Dios"**. Acaso entonces se comprenderá mejor que lo esencial es dejarse convertir por la Palabra de Dios escuchándola para que nuestro corazón liberado, "indiferente" diría Ignacio de Loyola, esté finalmente a disposición de las llamadas del Espíritu. La crisis de la vida religiosa no obedece ni a las dificultades para adaptarse a las mentalidades modernas, ni a la hostilidad del mundo, sino a su incapacidad para conformarse con Cristo³.

Tenemos que seguir en el empeño de reconocer la identidad de Jesús: "*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*" Y al hacerlo estamos también buscando nuestra propia identidad.

Comunidades fundantes

Recordando: Comunión y misión son inseparables

En el origen de todo instituto está la comunión, pues una experiencia espiritual vivida y compartida no puede conducir más que a una experiencia fraterna. Ahora bien esta experiencia que produce la comunión es también, en su génesis misma, del orden de la misión. Los que han adquirido forma juntos, experimentan que se han agrupado para vivir el Evangelio en el mundo, que es donde han sido "captados".

Según el Concilio Vaticano II, la Vida Religiosa es un don del Espíritu a la Iglesia; es un agrupamiento que es también un envío; o un envío que adquiere forma en un agrupamiento. Así, en la vida religiosa, la comunión y la misión son indisolubles. Ningún grupo religioso, sea cual fuera su forma canónica, puede existir sin ellas.

Pero no se puede considerar la manera de vivir de los religiosos únicamente bajo esos dos aspectos, puesto que si, en el día de su profesión, se comprometieron a seguir a Cristo durante toda su existencia con otros compañeros, también se comprometieron a ser día tras día fundadores.

Por consiguiente, la vida comunitaria debe ser también un lugar privilegiado donde se contemple el futuro del instituto y donde se invente, con nuevas fuerzas y una fidelidad creadora, la identidad contemporánea de la orden o de la congregación.

¹ LÉCRIVAIN, Philippe. *Una manera de vivir. Proponer la vida religiosa hoy*. Madrid: Publicaciones claretianas, 2010. En este texto se encuentran partes del capítulo VII.

² *Ibid.*

³ Cf. SOULETIE, Jean-Louis. *La Crise, une chance pour la foi*. Paris: L'atelier, 2002, pp. 77-78.

A. La comunidad, un laboratorio de innovaciones

Una comunidad religiosa es un lugar de esperanza donde unos hombres o mujeres se esfuerzan por vivir nuevos comienzos evangélicos. Algunos teólogos, como Ghislain Lafont⁴, no dudan en decir que una comunidad es un laboratorio. ¿No querrán expresar así lo que Benito de Nursia decía al hablar del monasterio como de una "escuela"?

1. Verdades olvidadas de la comunicación

Para vivir en comunidad dentro de una dinámica de fundación, hay que aprender a "caminar juntos asumiendo el riesgo del amor verdadero, donde cada uno se siente acogido por lo que es y no por lo que quisiera ser o por la imagen que los otros se hacen de él"⁵.

Tal es el precio que habrá que pagar para que de este crisol comunitario pueda salir "ese pueblo en éxodo, capaz de atravesar los desiertos de nuestro tiempo y caminar con fe y confianza hacia la tierra nueva de la promesa"⁶.

Pero tal vez sea necesario ante todo recordar al hombre de hoy, tan aficionado a intercambios y encuentros, el lugar de la soledad y el silencio en toda vida común⁷.

Importancia de la soledad

Lejos de ser una huida o un aislamiento, la soledad es lo que permite a cada uno aceptar el ser diferente de los demás.

En efecto, es en la soledad donde se pierden las ilusiones de ser todo para los otros y se mide mejor cuán indispensable es renunciar a la necesidad de perfeccionarlos o ser perfeccionado por ellos.

Camino del deseo, crisol del amor, la soledad es la prueba que deben superar, en grados distintos, los amigos, los esposos y los que viven en comunidad⁸.

Necesidad del silencio

En la vida común es bueno también aprender a soportar la peculiaridad y a no reducirla a cosa sabida.

Para esto conviene aprender a mantenerse callado y a ver que las propias certezas se ponen en entredicho⁹. Cuando el silencio se establece en una comunidad, remueve las defensas de cada uno, pero es necesario mucho tiempo para hacer que se derrumben.

En efecto, es muy difícil renunciar a la imagen de sí mismo y aceptar ir sin ningún tipo de ropaje al encuentro de los otros¹⁰. En otras palabras, lo que se cumplió en el anonadamiento de Dio (Flp 2,6-11) es la clave de toda comunicación.

Pero en la vida común hay una tentación: defender a toda costa la propia verdad tomándola por *la* verdad. En el cristianismo, sólo Jesús es "la" verdad y es en Él donde los hombres son llamados a vivir en comunidad por el Espíritu, más allá de todos los muros de separación (Ef 2,14). Ser auténtico -la gran preocupación de nuestro tiempo- no es, por tanto, solamente ser fiel a unos principios: es también saber comunicar.

⁴ Teólogo francés (nacido en 1928) y monje benedictino que fue en Roma profesor de la Universidad Pontificia Gregoriana y del Ateneo Pontificio "San Anselmo" [N. del T.].

⁵ ARNOLD, Simon-Pierre. *Au risque de Jésus-Christ. Une relecture des vœux*. Bruselas: Lessius (La part-Dieu, nº 11), 2007, p. 21.

⁶ *Ibid*, p. 21.

⁷ DE CERTEAU, Michel - ROUSTANG, Francois (eds.). *La Solitude, una vérité oubliée de la communication*. Paris: DDB (Christus, 25), 1967.

⁸ VASSE, Denis. "De l'isolement à la solitude". En: DE CERTEAU, Michel - ROUSTANG, Francois (eds.). *La Solitude...*, p. 185.

⁹ ROUSTANG, Francois, "La rencontre des autres". En: DE CERTEAU, Michel - ROUSTANG, Francois (eds.). *La Solitude ...*, p. 159.

¹⁰ ANGELUS SILESIUS. *Le Pelerin chérubinique*. Paris: Cerf, 1994, p. 197.

2. La comunidad en sus diversas instancias

Antes de abordar un punto de vista más didáctico, leamos unos párrafos en los que las Hermanitas de la Asunción presentan con gran sencillez su vida comunitaria, en la cual -dicen ellas-, ahondan en su identidad y en su capacidad para nacer a su vocación: "Seguir a Jesucristo Siervo y Salvador".

Procedentes de distintos lugares, de generaciones y ambientes diversos, Jesucristo nos ha reunido para un proyecto misionero común. La comunidad es nuestro lugar de vida; en ella aprendemos unas de otras a vivir lo que queremos anunciar. Mediante el diálogo, el examen de vida y la oración, la misión de una deviene misión de la otra. Todas y cada una nos animamos en nuestras intuiciones y en nuestros logros. Las maravillas recibidas en nuestros encuentros y en nuestras actividades con las demás avivan en nosotras el deseo de anunciar la Buena Nueva.

La fraternidad es posible, se experimenta cada día en las pequeñas cosas de la vida: las tareas materiales, los episodios que tejen los días, la oración... Como en toda vida común, organizamos el reparto de los oficios, nos hacemos cargo de los ingresos y los gastos... Así, en una vida aparentemente muy ordinaria, vamos dándonos cuenta de que a través de conversaciones, tensiones, perdones y renovados esfuerzos, crecemos juntas. Todas se sienten acogidas, amadas, sostenidas en comunidades en las que cada una tiene su carácter peculiar. Sentimos que podemos contar unas con otras para dejar que Cristo obre en nosotras.

La vida fraterna traspasa el horizonte de nuestras comunidades respectivas. Nos gusta reunirnos con hermanas de comunidades próximas para reflexionar, orar o vivir las fiestas. Se nos ofrecen encuentros más prolongados, a nivel nacional o internacional, en tiempos de renovación o de formación. Las reuniones contribuyen a forjarnos un espíritu común, incluso con nuestras diferencias; ensanchan nuestros horizontes y nos dan un aire renovado¹¹.

En este texto se dice lo esencial. Se presenta la comunidad como un lugar de vida que todas se esfuerzan por hacer grato, como un lugar fraterno y creyente donde todas crecen juntas, un lugar de discernimiento apostólico personal y comunitario, un lugar, en fin, abierto al futuro. Reflexionemos sobre algunos de estos puntos.

Formar un grupo de creyentes y hermanos

Cuando profesan vivir el Evangelio con otros, los religiosos comprometen su fe en esa palabra. Pero, más que una simple adhesión intelectual, hay que ver en esta decisión algo que raya en el exceso, donde, según los evangelios, se trata menos de salvaguardarse que de perderse. Por supuesto, son necesarias iniciativas a través de las cuales, tras madura reflexión, se expresa una convicción. Pero creer es también confiar en Dios.

Confiar en otros, he ahí a qué se comprometen los religiosos. Pero al aceptar vivir en comunidad, eligen también una manera especial de acceder a Dios. Contrariamente a lo que muchas veces se piensa, ese camino, más que asegurar, debilita¹². ¡Abandonar las máscaras irrisorias, renunciar a la satisfacción inmediata de hacer el bien y, sobre todo, no querer reducir el otro a uno mismo!

Por consiguiente, también en esto la comunidad es un lugar de prueba, pero de fe. Lo que urge hoy a los religiosos no es tanto preguntarse si vivir en comunidad procede de un modelo ético, social o político -lo que, de suyo, no carece de interés-, cuanto buscar si vivir en comunidad da lugar a la auténtica experiencia de salir de sí mismo, de itinerancia y de éxodo¹³.

¿No se dice en el Nuevo Testamento que uno llega a ser creyente cuando, después de protagonizar una ruptura, se pone en camino?

Intentemos definir esta experiencia en términos de fraternidad, tan gratos a los religiosos. Ante todo, si bien esto es difícil de admitir, reconozcamos que la fraternidad no es algo completo y acabado, sino una vocación. En el cristianismo, el único modo de ser hermanos es vivir como hermanos.

¹¹ *Vivir el riesgo del Evangelio con las Hermanitas de la Asunción*, sl. sf.

¹² DE CERTEAU, Michel *La Faiblesse de croire*. Paris: Seuil, 1987, p. 313.

¹³ MOLTSMANN, Jürgen. *Teología de la esperanza*. Salamanca: Sígueme, 1969, pp. 393-436.

Sin embargo, estemos alerta: la fraternidad no tiene otro fundamento que Dios mismo, en lo que es y en lo que hace por el hombre. De ahí se sigue un vuelco radical: una comunidad no es el resultado de una admisión por privilegio ni el fruto de una camaradería. No la hacen los lazos privilegiados, sino una misma fe compartida.

Ser hermanos es una posición justa que hay que mantener; va en ello la identidad misma de Dios y del hombre, del respeto de lo que son uno y otro. En la fraternidad evangélica no hay nada de una imposición moral, pues lo importante es estar a la altura de lo que somos y dejar que Dios sea Dios hasta en nuestras relaciones humanas. Sólo a este precio podremos vivir juntos y en su presencia.

Pero no podemos contentarnos con recordar estos puntos fundamentales, pues en la vida religiosa la vida común no puede ser un fin en sí misma.

Sólo de experiencia en experiencia se logra la comunicación... Uno transmite sólo si ha recibido una impresión... No hay verdadera resonancia interior que no llegue a ser resonancia externa¹⁴.

Así se bosqueja el puesto de la misión en la vida de los religiosos. En el tercer capítulo de este libro -lectura previa nº 4-, al subrayar lo que une la comunión y la misión, ya hemos tratado de este tema. Sin volver sobre lo ya dicho, quisiéramos aquí ir un poco más lejos y de un modo más concreto.

Cuando la experiencia compartida se hace misión

Como frecuentemente ha observado Jean-Marie Tillard, "la conjunción, habitual desde hace siglos, entre comunidad de trabajo y comunidad de vida religiosa" tiende a desvanecerse para dejar paso a "comunidades de presencia" en barrios difíciles o en áreas desiertas, algo que en su tiempo fue una gran promesa de futuro.

A finales de los años 60 y comienzos de los 70 del pasado siglo, ya lo dijimos, muchos religiosos dejaron las grandes instituciones para entrar como militantes en la vida profesional y acercarse así más inmediatamente a los hombres y las mujeres de su tiempo. Guiada por el deseo de una mejor "encarnación", esta opción fue, sin duda alguna, liberadora y portadora de una gran esperanza.

Treinta años más tarde, los religiosos jóvenes ya no ven esta orientación de la misma manera. También ellos quieren comprometerse en la Iglesia y la sociedad, pero quieren hacerlo de otra manera, de una forma más asociativa y menos ideológica. Son, asimismo, más sensibles a la ausencia de Dios que a su presencia, y se ven mejor reflejados en los escritos donde la alteridad se expresa en términos de exceso, de desprendimiento y de transgresión¹⁵.

De ahí que para los religiosos jóvenes, subrepticamente, el místico aparece como una figura de la tarda modernidad y de su espíritu de resistencia a toda opresión. Ahora bien, aunque algunos de ellos adoptan esta defensa pasiva, otros -ya lo dijimos- descubren en el profeta una figura complementaria de la del místico y, avanzando un poco más, una ética de la resistencia y de la protesta. Éstos tienen la idea de promover una ética de la acción y de la responsabilidad.

En la tarda modernidad, las figuras del místico y del profeta convergen en su proyección hacia los pobres. Como el místico, los marginados, los disidentes y los oprimidos se alzan para resistir y protestar. En cuanto al profeta, éste les presta su voz para abrirles a la esperanza de un porvenir.

Pero, ¿cómo coordinar en la vida comunitaria sensibilidades distintas y opciones teológicas diversas?

Discernir las misiones personales y comunitarias

En nuestros días, muchos institutos han hecho grandes esfuerzos, por una parte para ayudar a las comunidades a ser auténticas instancias de discernimiento, y, por otra, para devolver todo su valor a aquella afirmación de las reglas de vida según la cual toda misión es, ante todo, comunitaria y viene encomendada por un superior mayor.

¹⁴ ROBERT, Sylvie. "La manière de vivre des religieux, l'annonce d'une visitation". En: *La manière de vivre des religieux: une provocation d vivre autrement*. París: Médiasévres (Cahiers de vie religieuse, 130), 2005, pp. 144-145.

¹⁵ DE CERTEAU, Michel. *La Fable mystique*. París: Gallimard, 1982, p. 328.

Pero, de entrada, precisemos: encomendar una misión a una comunidad es mucho más que decidir acerca de su implantación. Elegir un sitio es consecuencia de un debate ente los superiores religiosos, los responsables de una iglesia local y los representantes de la sociedad civil y política; pero encomendar una misión a una comunidad y proponer criterios de evaluación es fruto de un discernimiento llevado a cabo por el superior mayor, su consejo y los religiosos previstos para formar esta comunidad.

Confiar una misión comunitaria equivale, pues, a indicar una línea de acción conforme a las orientaciones capitulares y a la situación local concreta. En todos los casos, más que una respuesta convencional a una llamada, lo mejor sería que fuese una proposición evangélica innovadora.

Ahora bien: encomendar una misión concreta a una comunidad no es la última palabra del envío. Además es necesario que esa orientación general sea asumida personalmente por los miembros de la comunidad. Según la edad, las inclinaciones y las capacidades de cada uno, son posibles múltiples opciones. Puede ser un trabajo profesional, un compromiso asociativo o un servicio voluntario.

Para tomar estas decisiones, las consideraciones económicas no carecen de importancia, pero también es necesario aprender a discernir juntos, bajo la dirección del superior local, los compromisos de cada uno, a fin de que todos puedan realizarlos con la discreción requerida. A medida que van cambiando las personas y las circunstancias, se impone una flexibilidad que debe ser tenida en cuenta por la carta comunitaria enviada anualmente al superior mayor.

Después de recordar, como acabamos de hacerlo, que la forma de vivir los religiosos -entre sí y para los otros- debe ser presentada en términos renovados, se piensa muchas veces que todo está dicho. Pero no es así, pues aún falta por considerar una tercera dimensión.

En efecto: la comunidad es el lugar donde se aprende a ser hermanos y creyentes, y donde se hace el ejercicio de discernir las misiones personales y comunitarias; pero también es el lugar donde cada uno se ejercita en ser fundador con sus compañeros.

B. Llegar a ser herederos fundadores

¡Vivir juntos el Evangelio a la manera del fundador! Tal es el compromiso que adquieren los religiosos en el momento de su profesión. Eso es también lo que da a su comunidad una fisonomía especial, haciendo de ella un laboratorio donde cada uno se ejercita en escenificar, de un modo innovador, el testamento recibido.

1. Un lugar donde se inventa una identidad¹⁶

Como dijimos en otros capítulos de este libro: no es posible seguir una tradición si no es volviendo a comenzarla y permitiendo así que "un fuego pueda generar otros"; que el Espíritu sea creativo y dinámico y se vaya revelando en todos los tiempos para completar su obra. En ese sentido, los cristianos están llamados a inventar su identidad. A los religiosos corresponde hacerlo día tras día en comunidad.

El ejemplo de un camino comunitario

Recordemos brevemente los elementos esenciales de un encuentro comunitario real, pero aquí simplificados por amor de la discreción.

En el momento fijado para la reunión, uno de los miembros de la comunidad informa a los demás, reflexivamente, de un acontecimiento que le ha afectado en sus caminos humanos después del último encuentro.

Tras escuchar atentamente el relato que acaba de hacerse, los compañeros lo hacen suyo. Actuando así, un relato personal se convierte en comunitario.

¹⁶ 'Inventar' es entrar en un lento proceso de descubrimiento a partir de la tradición recibida: buscar, hallar y volver a buscar juntos, para hacer posible en cada tiempo una creciente fidelidad a la llamada.

Juntos, los miembros de la comunidad intentan leer de nuevo ese relato a la luz de los relatos evangélicos. Surge una nueva comprensión: una historia de hombre se convierte en un relato de Dios.

Se ha cubierto finalmente una nueva etapa. Los miembros de la comunidad se acuerdan ahora de que los textos de la Escritura que han escogido son precisamente los que impresionaron a su fundador.

A su modo, la comunidad ha venido a ser fundadora, una auténtica fuente viva.

Importancia de la Palabra de Dios

Así, lejos de ser un asentimiento a enunciados abstractos o a legitimaciones particulares, se desvela una identidad comunitaria en el trabajo del Espíritu que hace de un acontecimiento personal una historia común, un relato de Dios, una obra fundante.

Este modo de proceder tiene un gran parecido con lo que Enza Bianchi escribía hace algunos años: aprender a leer hoy el Evangelio, recibirlo como una Palabra viva de Dios, reconocer en él algo de la propia identidad "bajo la presidencia de alguien que garantiza la autenticidad fundante"¹⁷.

Pero esta última e importante observación entraña algunas consecuencias que conviene subrayar.

2. Autoridades plurales

En un artículo, célebre en su tiempo, Michel de Certeau, reflexionando sobre la teología de la autoridad, evoca "lo singular de Dios y lo plural de la historia".

Por una parte, dice, la autoridad es recibida en nombre de la respuesta que suscita.

En definitiva, un texto hace autoridad porque nos habla y porque nos hace hablar, es decir, responder. Nos permite decir y hacer aquello sin lo cual ya no seríamos auténticos¹⁸.

Dígase lo mismo tratándose de un hombre que tiene autoridad. Mas, por otra parte, la autoridad religiosa crea un espacio. Hace posibles las diferencias. Abre a una palabra y a una obra distintas:

A este respecto, el superior, sea cual fuere, no tiene por misión enmarcar lo que autoriza en el campo bien definido de una administración que debe ejecutarse minuciosamente o de una verdad que hay que repetir. La verdad que atestigua no la reserva para sí; la imparte sin poseerla; la reconoce ante sí, otro, en el momento en que la hace posible. Compartiéndola, autoriza un riesgo¹⁹.

La manifestación comunitaria del infinito viene así representada por una pluralidad de autoridades que dicen de nuevo en términos y en actos diferentes. Aquel que la ha hecho posible: Jesucristo.

El instituto, una comunidad de comunidades

Los religiosos pertenecen en primer lugar a una comunidad local, a una comunidad de campo de acción donde, con otros y bajo la dirección de un responsable, viven una obediencia encarnada.

Ahora bien, casi siempre esta comunidad forma parte a su vez de una red más extensa vinculada inmediatamente al superior general, o puesta bajo la autoridad de un superior provincial o regional.

En estos dos últimos casos, el ejercicio de la autoridad tiene por fin al instituto mismo y requiere una forma de obediencia distinta que a nivel local.

Al servicio de la comunión, de la misión y de la fundación

Al superior general corresponde asegurarse de que la comunidad que visita es auténticamente fundante, o sea, que pone por obra fielmente las orientaciones del capítulo general. También le corresponde recibir, con espíritu abierto, lo que ahí se inventa en cuanto a la identidad del instituto.

¹⁷ BIANCHI, Enzo. "La parole construit la communauté". *Collectanea cisterciensia* (1999) 323-332.

¹⁸ DE CERTEAU, Michel. "Autorités chrétiennes". *Études* 332 (1970) 268-286.

¹⁹ *Ibid.*, p. 272.

El cargo del superior provincial se orienta más a la dimensión apostólica. Es él quien decide los lugares de implantación, encomienda a la comunidad su misión y fija los criterios de evaluación de la misma.

En cuanto al superior local, debe, concretamente y día tras día, ayudar a los miembros de su comunidad a ser verdaderamente fundantes y apostólicos. Su función es establecer, mediante un discernimiento con sus hermanos, un proyecto comunitario donde se tiene en cuenta la misión recibida, dentro del respeto a la diversidad de las personas.

Redescubrir el sentido verdadero de la obediencia

La obediencia religiosa no puede limitarse a las relaciones de los que ejercen responsabilidades con los demás -eso sería reducirla a los límites de una estrecha sumisión- sino que debe estar abierta a una escucha de la Palabra que, con la fuerza del Espíritu y la mediación fraterna, es la Palabra del Señor que no cesa de preguntar: "Y tú, ¿quién dices que soy? "

Pero ya sabemos que responder a esta pregunta es no solamente decir quién es Cristo para mí, sino decir también quien quiero ser para Él. En Jerusalén los que se sintieron compungidos de corazón al oír la Palabra proclamada por Pedro: "Dios ha resucitado a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado", gritaron: "¿Qué hemos de hacer?". La escucha de la Palabra lleva, pues, a una manera de vivir; pero la experiencia demuestra que, en la Iglesia, hay tantos caminos de Evangelio como caminos de humanidad.

Algunos son más sensibles a la presencia del Señor entre los hermanos: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20). La experiencia se organiza entonces teniendo en cuenta la fraternidad, y aquellos a quienes se confía la autoridad están obligados no tanto a señalar cuál es la voluntad de Dios, cuanto a ayudar a que la comunidad la busque. Otros, que ven sobre todo a Cristo como Aquel de quien todo dimana, Aquel a quien la Iglesia sólo puede responder en el amor, conciben la obediencia más bien en función de la relación con la persona que, en el grupo, es considerada como lugarteniente del Señor, llámesele abad o superior.

Cuestión de acento, evidentemente, y no de exclusión mutua: cada una de estas dos visiones asume algo de la visión de la otra. La obediencia religiosa sale así al encuentro de dos grandes opciones evangélicas. Tenemos, ante todo, la decisión de tomar en serio y de encarnar de modo realista la reivindicación de Dios sobre la existencia humana, en la estela de la obediencia de Jesús en su Pascua, incluido en ella el don de sí para la expansión del Reino. Pero tenemos también la decisión de tomar en serio, dándole toda su amplitud, la posibilidad, ofrecida por el bautismo y que ya hemos evocado, de buscar la voluntad de Dios, no en el aislamiento sino con los otros, gracias a los estrechos vínculos de solidaridad evangélica.

Reflexionando profundamente sobre estas dos líneas esenciales es como puede descubrirse el sentido y el papel auténticos del ejercicio de la autoridad en la vida de los religiosos.

Para concluir, quiero contar una anécdota que me ha hecho reflexionar mucho. Hace algunos años, al término de un "consejo ampliado" en que yo participaba, la superiora general del instituto tomó la palabra para dar algunas informaciones a las hermanas reunidas. Después de algunos anuncios de carácter general, entró en el tema que visiblemente le preocupaba.

Tras las advertencias acostumbradas, pidió a sus hermanas mayor atención y les informó que, en los próximos tres meses, iba a cerrar cuatro comunidades. Cuando acabó de citarlas, el estupor se dibujó en todos los semblantes. A juicio de mi vecina, eran cuatro comunidades muy vivas.

Habiéndose dado perfectamente cuenta del efecto producido, la superiora general volvió a tomar la palabra, y se explicó. "Ninguna de las cuatro comunidades, dijo, es verdaderamente 'fundante', ninguna tiene el sentido del instituto y de su futuro... "